

ARCHIVO:

CONSIDERACIONES SOBRE PSICOLOGIA Y QUÍMICA DEL CEREBRO ¹

Raúl Courel

Resumen.

Se refiere la identificación de la psicología con la biología como fuente de desconocimientos. Se distinguen objetos psicológicos no biológicos vinculados al lenguaje. Se observan supuestos y rasgos utilitarios que llevan a desatender el campo del sentido en psicología. Se cuestiona la idea de unicidad final de todas las ciencias. Se sugiere cómo la utilidad que se espera de la psicología puede influir sobre la índole de sus teorías. Se alega a favor de la autonomía de la psicología respecto de otras disciplinas.

Abstract:

It refers to the identification of psychology with biology as a source of ignorance. It distinguishes non-biological psychological objects related to the language. It observes utilitarian assumptions and characteristics that lead to unattend the matters that concerns the language and the signification of words in psychology. It questions the idea of the final unity of all sciences. It suggests how the utility expected from psychology can influence the character of its theories. It claims in favour of the autonomy of psychology with respect to other disciplines.

Palabras claves:

Sujeto y desconocimiento - psicología y biología - psicología y neurociencias - epistemología de la psicología – objetos de la psicología - palabra y sentido - positivismo - unicidad de las ciencias - utilitarismo.

¹ Este trabajo fue publicado en la “Revista de la Facultad de Psicología - Universidad Nacional de Rosario (2000) año 3, tomo 1 y 2, pp. 61-69. Es un producto de la investigación “Función de exclusión del sujeto en producciones científicas contemporáneas” (Proyecto TP12, Programación UBACYT 1998-2000, Instituto de Investigaciones Psicológicas, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires), de la que participan G. Arenas Peris, S.M. Cinzonne, J. de Olaso, M. Dinouchi, A. Eidelsztejn, J.E. Nesis, A. Wyczykier y R. Courel (Director).

Fue presentado como conferencia el 31/3/2000 en el XVI Congreso Argentino de Psiquiatría y I Congreso Internacional de Salud Mental, en Mar del Plata, Argentina.

1. *Biologización y desconocimiento.*

En nuestra investigación sobre la función del sujeto en la ciencia exploramos consecuencias de la tesis epistemológica de que no es posible que el objeto de una ciencia coincida con su sujeto.² Esta imposibilidad afecta al reconocimiento de cómo el sujeto influye en la producción científica, sea para incrementar el saber o para obstruir o restringir su avance.

Cuando decimos que un investigador ha tomado en su actividad científica una decisión que “no va por la buena senda”, es porque pensamos que ella no conducirá a conocimientos sino a *desconocimientos*. Estos desconocimientos pueden advertirse, por ejemplo, en el alcance excesivamente extendido o limitado que se da a una hipótesis, en el abandono prematuro de una exploración, en la poca consideración dada a un hallazgo imprevisto, en la no extracción de conclusiones obligadas a partir de una experiencia porque contradirían supuestos teóricos de partida, etc..

El análisis comparativo de textos y comunicaciones científicas permite reconocer con mayor facilidad tales desconocimientos en las disciplinas que se ocupan de objetos en los que la dimensión subjetiva se encuentra claramente involucrada. Un caso es el de las neurociencias cuando se aplican a humanos, y el de la misma psicología cuando encara procesos que comprometen de manera directa al sujeto que la hace.

Las ciencias hacen maravillas. Del satélite al interferón, de la turbina a internet, todo alimenta la idea de que ellas son capaces de casi todo, incluso de dominar el pensamiento y las emociones. Como tendemos a imaginar todas las ciencias del mismo modo en que imaginamos la física, la química o la biología, no nos sorprende leer en una crónica periodística que “el amor ha caído imprevistamente en manos de la ciencia”.³ Allí leemos también que en el Romeo de Julieta todo proviene de “un enérgico cóctel de serotoninas, opiates y oxitocinas que se agita en su sector límbico”.

Aunque para esta nueva generación de científicos hablar de “la química del amor” ya no es sólo una metáfora, una investigadora en farmacología nominada al premio Nobel consulta a un psicoanalista porque la angustia el pensamiento de que su marido ya no la desea. El psicoanalista, con humor, le sugiere desarrollar una droga que, ingerida por aquél, le devuelva, ya no la potencia, como el “Viagra”, sino el deseo, como el que ella supone que su marido siente por su mejor amiga, de ella, no de él. Aunque no puede explicar con solidez por qué, la científica no acepta. Ella no confía en que una buena psicología pueda ser igual a la química.

Es conocido que el epistemólogo Mario Bunge diserta sobre multitud de temas y acostumbra proferir diatribas pintorescas contra el psicoanálisis. Bajo el halo de autoridad

² Cf. Courel, R. y de Olaso, J., “El sujeto de la psicología y el método psicoanalítico”. Ponencia realizada en el XXVII Congreso Internacional de Psicología, Estocolomo, Suecia, julio de 2000.

³ Diamant, M., “El origen del amor”, La Nación, 25 de marzo de 2000, p.4.

científica que se obtiene tras una rica carrera académica es posible, sin embargo, promover errores como si fueran verdades indudables. En una nota titulada “Nuestras dos mentes”, aparecida en el diario La Nación, Bunge propone que la psicología sea subsidiaria de la biología, escribiendo con todas las letras que “las ideas son procesos cerebrales, no entes con existencia propia”. Es un concepto nada novedoso. Aunque ya no se diga que el cerebro segrega el pensamiento como el hígado la bilis, hace tiempo que nadie duda de que sin cerebro no hay ideas. Sólo que no todo en ellas pertenece al campo orgánico y biológico.

2. *Objetos psicológicos no biológicos.*

Todavía no se ha pretendido desarrollar un estimulante de las sinapsis entre el sistema límbico y la corteza cerebral suficientemente afinado como para que un escolar cabeza dura entienda la tabla del 7. Es poco probable que la investigación del genoma humano encuentre en un cromosoma la explicación de la diferencia entre, por ejemplo, concebir un número imaginario y concebir un número real, o siquiera entre pensar “ $1+1=2$ ” y pensar “ $1+2=3$ ”.

Tampoco se buscan resortes biológicos para despertar la fe religiosa, para establecer las diferencias entre un chiste que hace reír y otro insípido, o para comprometer la responsabilidad de un paciente en un tratamiento. Este último tema es de principal atención en la clínica y en las terapéuticas tanto médicas como psicológicas. El médico, aun el poco inclinado a contemplar aspectos subjetivos, reconoce que responsabilizarse o no por un tratamiento involucra una dimensión cabalmente “psicológica”, que escapa al dominio de los instrumentos derivados de las ciencias biológicas.

Términos como *responsabilidad* o *confianza* refieren entidades o procesos de índole psicológica, cuyas operaciones responden a regulaciones otras que las relevadas por la neurobiología. *Objetos* como éstos, propios de la psicología⁴, no tienen otros soportes empíricos que *palabras* y, en ellas, indudablemente las significaciones que les son asignadas.

No obstante, el paradigma científico dominante no promueve que la psicología científica se ocupe de este tipo de objetos con especificidad. Por el contrario, impulsa a considerar que, no contando *todavía* las ciencias experimentales con recursos tecnológicos suficientemente desarrollados y aptos para investigar asuntos que se consideran muy complicados, conviene postergar su indagación para más adelante.

En forma correlativa a la tendencia referida, nuestros modos de representar la amplia variedad de objetos que caen en la esfera de estudios de la psicología se homogeneiza bajo el carácter de los objetos de la biología, apoyándose el criterio de que sus métodos también deben homogeneizarse bajo el mismo parámetro. La ciencia psicológica debería entonces esperar que las futuras biotecnologías le permitan profundizar realmente sus conocimientos, del mismo modo en que la astronomía espera de un Hubble más avanzado el descubrimiento de un astro todavía inaccesible.

Es verdad, sin embargo, que los investigadores de la mente perciben que no todo es

⁴ También de otras disciplinas. La responsabilidad, por ejemplo, es tema fundamental en el Derecho.

reducible a categorías biológicas. A. Damasio, en su libro titulado “El error de Descartes”, se pregunta: “¿Quiere decir que no existen amor verdadero, amistad sincera o genuina compasión? Definitivamente, esto *no* es así. El amor es verdadero, la amistad sincera y la compasión genuina si no miento acerca de mis sentimientos, si *realmente* siento amor, amistad y compasión”⁵. Pero, ¿qué entiende el autor por sentir *realmente* amor, amistad o compasión?

Para establecer si un sentimiento es verdadero Damasio necesita que el sujeto *no mienta*, es decir, que las palabras que éste enuncia correspondan a la realidad de sus sentimientos. Se produce aquí un hecho de implicaciones epistemológicas destacables: se ha reconocido que la cuestión se dirime teniendo en cuenta el plano de las palabras y sus significaciones, las cuales, pudiendo mentir sobre los sentimientos, muestran en qué sentido las opciones del sujeto pueden ser independientes de los procesos neurobiológicos. No obstante, el tema no es profundizado. No hay allí interrogaciones, por ejemplo, sobre las causales de que el sujeto diga o no la verdad sobre el amor. Tampoco se examinan otros asuntos de evidente interés para la psicología, como, por ejemplo, las diferencias entre amor, amistad y compasión.

No es de extrañar que Damasio no se plantee problemas como los señalados, puesto que ninguna teoría es apta para ocuparse de cualquier tema. Una teoría permite plantear ciertos problemas y no otros, J.C. Milner, un estudioso de las particulares dificultades que enfrentan las ciencias al ocuparse de materias en las que el lenguaje es insoslayable, ha hecho notar que en ellas “hay proposiciones que excluyen de entrada el que ciertos problemas sean formulables”.⁶

3. *Un supuesto de partida y de llegada.*

Si bien no habría por qué esperar que un neurobiólogo se detenga en el estudio de objetos estrictamente psicológicos, cabe esperar que su existencia y especificidad sean reconocidas. Damasio, sin embargo, parece ignorar que hay asuntos de la mente que funcionan según regulaciones otras que las del organismo biológico. Ello se desprende del análisis de su punto de partida, que es el supuesto de que todo lo mental no sólo es inseparable del organismo biológico sino también de su misma sustancia. Así escribe: “Este es el error de Descartes: la separación abismal entre cuerpo y mente, entre la sustancia medible, dimensionada, mecánicamente operada e infinitamente divisible del cuerpo, por una parte, y la sustancia sin dimensiones, no mecánica e indivisible de la mente; la sugerencia de que razonamiento, juicio moral y sufrimiento derivado de dolor físico o de alteración emocional pueden existir separados del cuerpo. Específicamente: la separación de las operaciones más refinadas de la mente de la estructura y operación de un organismo biológico”.⁷

No analizaremos aquí esta crítica al dualismo cartesiano, habitual en buena parte de los neurocientíficos actuales pero no exclusiva de ellos, ni de igual tesitura en otros campos del pensamiento.⁸ Sólo señalaremos, en el caso que consideramos, que corre el riesgo de

⁵ Damasio, Antonio R., *El error de descartes*. Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1996, p.149.

⁶ Milner, J-C. (1989), *Introducción a una ciencia del lenguaje*. Buenos Aires, Ed. Manantial, 2000, p. 29.

⁷ Damasio, op.cit., p. 279-280.

⁸ Referencias sobre el tema se encuentran en: Courel, R., *La cuestión psicósomática. Estudio psicoanalítico*

encerrar la investigación psicológica en los alcances admitidos por la indagación de sus “bases neurobiológicas”, necesaria consecuencia del concepto de que no hay sustancia psicológica que no sea al mismo tiempo sustancia biológica. La exigencia de coherencia hace el resto: para mantener su consistencia, la tesis requiere que no se tengan en cuenta los aspectos no biológicos de los objetos psicológicos.

En el campo de la ciencia, para desconocer un tema u objeto puede ser suficiente con no tratarlo o con hacerlo desde una perspectiva no científica. Damasio no se ocupa de una instancia claramente no biológica como el mentir o no mentir, pero sí hace unas pocas pero sustanciosas consideraciones de índole moral. A propósito de qué sería un sentimiento *verdadero* de amor, amistad o compasión, expresa: “quizá fuera más digno de elogio si llegara a esos sentimientos mediante pura fuerza de voluntad y esfuerzo intelectual, ¿pero qué ocurre si no necesito esas capacidades, si mi naturaleza me ayuda a lograr esas cualidades más rápido, a ser agradable y honesto sin siquiera intentarlo?”⁹. La idea de que la inclinación a la honestidad y a la deshonestidad se encuentra en la naturaleza neurobiológica no es lejana a esta otra: la de que la bondad y la maldad pueden ser finalmente pensadas como funciones orgánicas.

Hemos reconocido, no obstante, que Damasio advierte las limitaciones de la biología para dar cuenta de objetos como el amor, la amistad y la compasión. No quedan dudas al respecto cuando afirma: “tener consciencia de que existen mecanismos biológicos tras los comportamientos más sublimes no implica una reducción simplista a los engranajes de la biología”.¹⁰ También señala la importancia de considerar factores como la cultura y la educación, y la necesidad de recurrir a metodologías de las ciencias sociales¹¹. Empero, la necesidad de resolver la contradicción entre la idea de que no todo en el hombre es biológico con la obligación de sostener también todo de conexiones entre neuronas, requiere dejar de lado todo aquello que no encaja, o resolverlo con una suposición conceptual difícil de diferenciar de la expresión de un deseo. Este último podría ser el sustento de una expresión como la siguiente: “sospecho que las representaciones neurales de la sabiduría... están inextricablemente ligadas a la representación neural de procesos regulatorios biológicos innatos”¹².

4. *Especificidad del sentido y “modas” en la ciencia.*

Destaquemos que la química o la biología poco o nada tienen para aportar, por ejemplo, al estudio específicamente psicológico de un niño que sufre el incumplimiento de una serie de promesas hechas por sus padres. Puede tratarse de promesas triviales, pero no por eso sin consecuencias. Sin embargo, esta dimensión de las cosas psicológicas, que no es neural ni química, puede ser fácilmente dejada de lado. Es posible, por ejemplo, intervenir expeditivamente sobre el cerebro mediante psicofármacos y hacer que las ideas ingratas no provoquen desasosiego alguno. De todos modos, su carácter atormentador no proviene de elementos biológicos, sino de la significación que la criatura en cuestión les atribuye.

sobre un tipo de perturbaciones orgánicas insuficientemente precisadas. Buenos Aires, Ed. Manantial, 1996, p. 58, 74, 86, 114, 127 y 166.

⁹ Damasio, op.cit., p. 149.

¹⁰ Id..

¹¹ id., p. 148.

¹² id.,

El *sentido* doloroso o agradable de un pensamiento no procede de sustancias químicas ni es modificable por ellas. Sí puede serlo, en cambio, mediante procedimientos discursivos, a saber: *palabras*. No hay ideas sin cerebro, pero tampoco las hay sin palabras. Por eso los animales, que no hablan, no han conseguido todavía proponer una psicología mejor que la que tenemos.

No hay ninguna necesidad de que las palabras sean sólo campo de la literatura, de la retórica o de la charlatanería. Disciplinas como la lingüística, la antropología o el psicoanálisis, o como varias ramas y corrientes de la psicología, se ocupan de ellas con estricto rigor metodológico, y lo hacen con independencia de la biología. Sin embargo, la noción de ciencia que predomina, acentuadamente positivista, reafirma la subordinación de estas disciplinas a ciencias experimentales como las referidas. ¿A qué se debe, es ello consustancial al utilitarismo científico del que el positivismo es solidario?

Popper argumentó siempre que las modas son ruines para la ciencia porque esclavizan el pensamiento¹³. También puede ser una moda hacer de la química o de la biología, que producen sin duda grandes descubrimientos y traen enormes beneficios al conocimiento y a la humanidad, un modelo para imitar en toda una vastedad de asuntos que la inteligencia quiere encarar con rigor pero que estas ciencias no tienen por qué atender.

Ciencias como la biología y la química gozan actualmente de un enorme prestigio. Es difícil no reconocer cuánto de él es cultivado por la estrecha solidaridad que mantienen las tecnologías que se derivan de estas disciplinas y la economía - diré: planetaria - para la cual han llegado a constituir el factor más eficaz y dinámico de producción de valor. No es el caso de las ciencias llamadas humanas, que no están, hoy por hoy, en la locomotora del tren general. En cierto modo, dicho concisamente, no lo están porque no producen, como las otras, aquello que resulta más vendible.

No hay por qué pensar, sin embargo, que este esquema sea definitivo. Es probable que el cambio dependa de que la sociedad no tenga más remedio, para mantenerse soportable y vivible, que cambiar los parámetros con que juzga la utilidad de las ciencias. Esta circunstancia podría suceder incluso sin objetar demasiado esa sutil pero persistente asociación entre ciencia y positivismo, que suele manifestarse en uno u otro rasgo y que es fácilmente reconocible, por ejemplo, en el mencionado requisito de que el conocimiento o el saber sean útiles.

De todas maneras, no se trata sólo del interés por aquello que da provecho, siempre traducible a dineros. Más allá de él, encontramos el concepto de que todas las ciencias tienen, en última instancia, un único tronco. No es una idea banal, tiene un arraigo mucho más profundo en nuestro pensamiento que la pretensión de que las cosas siempre sirvan para algo. Este concepto, que es un supuesto propiamente epistemológico enraizado en la perspectiva positivista de las ciencias, se asienta, a su vez, en otro supuesto: el de que todos los campos de la realidad, por más heterogénea y diversa que ésta nos parezca, son en definitiva uno solo.

¿Qué significa exigir como supuesto de toda posible científicidad que todo pertenezca a una misma y única bolsa? Tal vez esta petición de principios encuentre

¹³ cf. Popper, K. (1994), *El mito del marco común. En defensa de la ciencia y la racionalidad*. Barcelona, Paidós, 1997, p.13.

respaldo no tanto en una “objetiva” unicidad final de la vastedad de realidades posibles, sino en nosotros mismos, que en nuestra extrema precariedad y pequeñez, comparándonos con lo que nos rodea, si de algo tenemos certeza es de que somos uno, nada más que uno. Esa unicidad propia podría inclinarnos, tal vez, a ver frente a nosotros un solo universo, esto es: también nada más que uno. A no todos les sucede, por el contrario, algunos están seguros de que son simultáneamente varios, tanto los universos como ellos mismos. Pero no vamos a apoyarnos ahí para sugerir que pueden haber infinitos troncos para las ciencias.

5. *Condicionantes utilitarios.*

No sería razonable, ni hace falta, sostener que las ciencias pueden ser hechas de una multitud de maneras. Basta con que reconozcamos que el campo de la palabra no es reducible al de las ciencias experimentales. No es todo, porque incluso esa reducción no siempre se produce de igual forma o en la misma dirección. El hecho de que no hay idea o pensamiento sin palabras puede ser dejado de lado de diferentes maneras.

La utilidad buscada en las aplicaciones de la psicología tiene su influencia en el tipo de conceptos que se desarrollan y en los instrumentos que se consideran eficaces. Por ejemplo, si nos interesamos por los pensamientos y las emociones, no tanto para cambiarlos sino para que no molesten, cuadra bien el alcance que ofrecen los psicofármacos y las técnicas de relajación. Pero si el desarrollo de la psicología se ve influida por una fuerte aspiración correctiva o reformadora, es probable que valore sus métodos y sus proposiciones teóricas por su bondad y eficacia, por ejemplo, para *torcer* –digámoslo así– pensamientos y emociones. En este caso le vendría muy bien que sus conceptos e instrumentos funcionen como prácticas *palancas*.

Bunge seguramente sabe que una palabra bien elegida puede ser decisiva, sin necesidad de apoyo químico, para torcer un pensamiento o un conjunto de ellos. Se constata, en efecto, que bien puede una idea cambiar un estado de ánimo en forma tan directa e inmediata como el desplazamiento de un cuerpo causado por el movimiento de una palanca, que es distinto a la lenta saturación de un tejido afectado por una emulsión de laboratorio. En este caso, la mecánica ofrece a la psicología un modelo más próximo y útil que la bioquímica o la neurología. Un conductista de algunas décadas atrás como B.F. Skinner seguramente hubiera coincidido con esta idea.

Hoy por hoy, sin embargo, nadie pregona que la mecánica sea capaz de hacer de la psicología una ciencia tanto rigurosa como eficaz. Tal vez sea porque la mecánica, no siendo la cuántica, parece tener menos cosas nuevas para decir que la química o la biología, o porque su precio de mercado está más bajo. De todas maneras, aunque las ideas tampoco son palancas, podemos corregir a Bunge, ya que si bien el cerebro hace posible tener ideas, éstas pueden ser, incluso para las ciencias positivas, algo distinto a procesos cerebrales. Es una tranquilidad que así sea, porque cuando sí coincidimos con las reflexiones de Bunge, podemos confiar en que no se debe a que sus neurotransmisores hayan migrado a nuestro lóbulo frontal.

A la psicología no le conviene la rectoría de otras disciplinas. Es mejor que los psicólogos trabajen en su campo sin creer que sus dificultades serán resueltas desde afuera. Ni un biólogo, ni un químico, ni un Bunge, tiene la experiencia ni ha palpado sus realidades, y no tiene, en consecuencia, mucho para decir al respecto. Por mi parte, no creo

que contribuya en nada a la astrofísica mi impresión de que la teoría llamada del big bang es un delirio religioso. Pero claro, mientras a nadie se le ocurre opinar sobre galaxias enanas que son cosas sólo de astrónomos, cualquiera se cree con derecho a despacharse sobre psicología que parece cosa de todo el mundo.

Como se ve, lo presentado es un alegato en pro de una cabal autonomía de la psicología como disciplina, como condición necesaria para que en su integración a los marcos disciplinarios actuales haga efectivamente aportes específicos.

Referencias bibliográficas:

1. Courel, R. (1996), *La cuestión psicosomática. Estudio psicoanalítico sobre un tipo de perturbaciones orgánicas insuficientemente precisadas*. Buenos Aires, Ed. Manantial, 1996.
2. Damasio, A.R. (1994), *El error de descartes*. Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1996.
3. Diamant, M., “El origen del amor”, *La Nación*, 25 de marzo de 2000, p.4.
4. Milner, J-C. (1989), *Introducción a una ciencia del lenguaje*. Buenos Aires, Ed. Manantial, 2000.
5. Popper, K. (1994), *El mito del marco común. En defensa de la ciencia y la racionalidad*. Barcelona, Paidós, 1997.